

Antonio Machado: El Hombre en su Poesía

Una patología romántica en su creación Poética

José Joya Ruiz

Catedrático de Bachillerato

UNED. Centro Asociado de Algeciras

Estamos en Enero de 1939. Se libran los últimos combates de una guerra civil española, que dura 3 años y que ha sembrado de sangre la vieja piel de toro ibérica. Todo es ruina y desolación:

*¡ Señor! La guerra es mala y bárbara; la guerra,
odiada por las madres, las almas entigrece;
mientras la guerra pasa, ¿Quién sembrará la tierra?
¿Quién segará la espiga que junio amarillece?*

A unos pocos kilómetros de la frontera francesa, por el Pirineo catalán y sobre una larga carretera bordeada de verdes pinos, dirección a Francia circula, lento, un coche ya viejo y destartado.

Es un día frío y gris, ceniciento y mustio. «El cierzo corre por el campo yerto, alborotando en los blancos torbellinos la nieve silenciosa. La nieve, sobre el campo y los caminos, cayendo está como sobre una fosa».

En el coche viajan unos fugitivos del horror de la guerra. Un hombre y una mujer; madre e hijo. Hace mucho frío y van agotados y enfermos. Ella es Ana Ruiz, anciana de 85 años que busca el calor del cuerpo de su hijo; él es Antonio Machado Ruiz, 64 años, catedrático de Francés de Institutos de España, Académico de la Lengua... y poeta.

*¡ Poeta ! Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.
Llevaronse tu hadas
el lino de tus sueños.
Está la fuente muda,
y está marchito el huerto.
Hoy sólo quedan lágrimas
para llorar. No hay que llorar. ¡ Silencio!*

◇ ◇ ◇

*Suena el viento en los álamos del río...
La tarde más se oscurece; y el camino que serpea
y débilmente blanquea se enturbia y desaparece.*

◇ ◇ ◇

*¡ Poeta ! ¡ Fija tu mirada en el ocaso...
y podrás conocerte, recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,
en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.
De toda memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.*

¡ Evocar los sueños !. He aquí un «leit-motiv» de su primera creación poética.

AUTORRETRATO

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.*

*Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
-ya conocéis mi torpe aliño indumentario-
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.*

*Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.*

*Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.*

*Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos
y escucho solamente, entre las voces, una.*

*¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.*

*Converso con el hombre que siempre va conmigo
- quien habla solo espera hablar a Dios un día;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.*

*Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.*

*Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté a partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

Este famoso autorretrato, (que figura en todas las antologías) es el que abre el libro «Campos de Castilla». Fue fechado en 1912 y además de etopeya es el manifiesto de un credo poético. Pero vayamos con sus recuerdos:

*«Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;*

Nace el poeta, efectivamente, en Sevilla, en el mes de Julio de 1875, en el seno de una familia social y económicamente media (su padre era folklorista) que, cuando el poeta contaba 8 años de edad, se traslada a Madrid.

De aquellos tiempos de su infancia sevillana, Machado hombre y poeta guarda unos vagos y nostálgicos recuerdos a la «búsqueda del tiempo perdido», buceando en ellos, a la manera proustiana, a base de impresiones y sensaciones:

«un huerto claro donde madura el limonero...

En 1903 publica un poema que titula «el poeta visita el patio de la casa en que nació». Lo contempla; al fin brota el recuerdo de una tarde infantil; busca quizás una vieja ilusión a la que nunca ha renunciado, y la esperanza aletea un instante por encima de su melancolía.

La emoción del poeta se nos va transmitiendo paso a paso, lentamente. Esas impresiones, esos recuerdos, ¿son reales o los inventa? Poco importa a la poesía; lo interesante es que el poeta nos los transmite de una forma «viva», con visos de autenticidad...

*El limonero lánguido suspende
 una pálida rama polvorienta
 sobre el encanto de la fuente limpia,
 y allá en el fondo sueñan
 los frutos de oro...
 Es una tarde clara,
 casi de primavera,
 tibia tarde de marzo
 que el hálito de abril cercano lleva;
 y estoy solo, en el patio silencioso,
 buscando una ilusión cándida y vieja:
 alguna sombra sobre el blanco muro,
 algún recuerdo en el pretil de piedra
 de la fuente dormida, o, en el aire
 algún vagar de túnica ligera.
 En el ambiente de la tarde flota
 ese aroma de ausencia
 que dice al alma luminosa: nunca,
 y al corazón: espera.
 Ese aroma que evoca los fantasmas
 de las fragancias vírgenes y muertas.
 Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,
 casi de primavera;
 tarde sin flores, cuando me traías
 el buen perfume de la hierbabuena
 y de la buena albahaca
 que tenía mi madre en sus macetas.
 Que tú me viste hundir mis manos puras
 en el agua serena,
 para alcanzar los frutos encantados
 que hoy en el fondo de la fuente sueñan...
 Sí, te conozco, tarde alegre y clara,
 casi de primavera.*

El poeta está sólo. Antonio Machado es un poeta solitario, («Soledades» se titula el primer libro de poesías que publicó en 1.903), que en constante soliloquio, («converso con el hombre que siempre va conmigo»), conversa también con las personificaciones de los elementos naturales: la mañana, la tarde, la noche, el agua y la fuente; el agua que como la tarde, la noche o la mañana, es símbolo del tiempo...

*Que tú me viste hundir mis manos puras
 en el agua serena,
 para alcanzar los frutos encantados
 que hoy en el fondo de la fuente sueñan...*

¡Las fuentes!, esos manaderos de tristeza y melancolía que cantan la tristeza de las ilusiones perdidas o el dolor de la existencia, «frutos encantados que hoy en el fondo de la fuente sueñan».

En ese paisaje, con hálito de abril, en un atardecer de marzo y en un patio silencioso, paisaje realmente interior, verdadera proyección de un yo solitario y triste, el poeta busca «una ilusión cándida y vieja»; «cándida» no sólo por ser inmaculadamente infantil

(«alguna sombra sobre el blanco muro») sino porque la ilusión persiste en el poeta, porque permanece cándidamente (irónicamente, diríamos nosotros) pese a todos los fracasos y avatares; y «vieja», no sólo porque ha pasado mucho tiempo desde que sintió aquella ilusión infantil sino porque hace mucho que la conoce, que lo acompaña.

Esas fragancias vírgenes (que son las ilusiones) y muertas (por nunca cumplidas y pasadas) flotan en el ambiente de aquella tarde cuando la cabeza niega y el corazón sigue latiendo en esperanza: eterna lucha unamuniana, pero a lo vivo y en poesía.

Las dos tardes, por tanto, y el niño y el hombre buscan que buscan y sueñan están fundidos junto al paisaje. Sólo que entonces, cuando la ilusión parecía triunfar, el niño-hombre aprendió que no llegó del todo a alcanzar los frutos («que hoy en el fondo de la fuente sueñan»), y que el viento traía sólo fragancias, aromas, presagios de primavera.



«Mi juventud, veinte años en tierra de Castilla»

Una juventud perdida: Precisamente cuando apenas tenía 18 años el poeta perdió a su padre; sobrevienen estrecheces económicas y tiene que trabajar (incluso como actor en la compañía Guerrero-Mendoza) para paliar, en lo que pueda, la precaria situación económica familiar.

Es un muchacho tímido, poco efusivo, y de talante reconcentrado y austero. Para él, la alegría de la juventud había pasado rápida por su puerta, sin dejar apenas un resquicio para el amor:

*«La primavera besaba
suavemente la arboleda,
y el verde nuevo brotaba
como una verde humareda.*

*Las nubes iban pasando
sobre el campo juvenil...
Yo vi en las hojas temblando
las frescas lluvias de abril.*

*Bajo ese almendro florido,
todo cargado de flor
-recuérdé-, yo he maldecido
mi juventud sin amor.*

*Hoy, en mitad de la vida,
me he parado a meditar...
¡Juventud nunca vivida
quién te volviera a soñar!*

Ese paso fugaz de la «juventud nunca vivida» y siempre deseada (¡quién te volviera a soñar!) con la amargura de que nunca vuelve, se manifiesta claramente en el siguiente poema:

*Era una mañana y abril sonreía.
Frente al horizonte dorado moría
la luna, muy blanca y opaca; tras ella,
cual tenue ligera quimera, corría
la nube que apenas enturbia una estrella.
Como sonreía la rosa mañana,
al sol del Oriente abrí mi ventana;
y en mi triste alcoba penetró el Oriente
en canto de alondras en risas de fuente
y en suave perfume de flora temprana.*

*Fue una clara tarde de melancolía.
Abril sonreía. Yo abrí las ventanas
de mi casa al viento... El viento traía
perfume de rosas aromado aliento...
...¿Dónde están los huertos floridos de rosas?
¿Qué dicen las dulces campanas al viento?
Pregunté a la tarde de abril que moría:
¿al fin la alegría se acerca a mi casa?
La tarde de abril sonrió: «la alegría
pasó por tu puerta»- y luego, sombría:
«Pasó por tu puerta. Dos veces no pasa.*

En primer lugar, es la ocasión de descubrir la clara reminiscencia becqueriana del poema. Cuando Machado, en su autorretrato se pregunta :»¿Soy clásico o romántico?» la crítica ha respondido casi unánimemente asegurando la filiación romántico-becqueriana de bastantes poemas de los que integran su primer libro: «Soledades». Esas «soledades», ese intimismo, esa tristeza, esa melancolía, esa nostalgia, esos sueños machadianos llevan un inconfundible cuño romántico. Y de entre los románticos, el íntimo, el resignado, el también sevillano de leve estremecimiento y voz apagada: Becquer.

Otro poeta, también sevillano y crítico literario, Luis Cernuda, lo ha dicho claramente: «En Soledades vemos el entronque de Machado con la tradición becqueriana: lenguaje, ritmo, visión (ensoñadora del mundo)... todo procede de Bécquer: unas veces más evidente, otras más escondido.

Pero comentemos el poema (que ni siquiera precisa comentario): Percibimos en un bloque ese signo de indicio de la añorada juventud al insistir en esa primavera abrileña, (por otro lado, mes predilecto y casi exclusivo que aparece en la poesía de Machado), y el simbolismo de la mañana-juventud y de la tarde-madurez del poeta que divide al poema en dos partes:

En la primera abre su corazón lleno de ilusiones a ese risueño «amanecer» de la vida que trae «canto de alondras»; «risa de fuente» y «perfume de rosa temprana».

De pronto, sin transición, aparece la segunda parte del poema donde el amanecer se trueca en atardecer. El joven Machado es ya hombre maduro. La superposición temporal por mor de la poesía ha hecho una maravilla, (aquí nos recuerda a Azorín), y nuevamente abril, como si nada hubiera ocurrido, sonríe al poeta. El poeta, esperanzado, abre de nuevo las ventanas de sus ilusiones juveniles, pero el viento que orea de rosas la estancia de su corazón también le trae «dolor de campanas». Y una vez más, el poeta solitario, que en su triste soliloquio dialoga con la tarde, le pregunta anhelante: «¿Al fin la alegría se acerca a mi casa?» La respuesta de la tarde es despiadada: «Pasó por tu puerta. Dos veces no pasa».

Refinada crueldad la de aquella tarde de abril maduro, que responde al poeta inocente, primero sonriendo y después torciendo el rostro en abrupto final que deja inmóvil al lector.

Para el poeta, desengañado, no hay alivio, sólo tristeza.

*Desnuda está la tierra,
y el alma aúlla al horizonte pálido
como loba famélica. ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?
Amargo caminar, porque el camino
pesa en el corazón. ¡El viento helado,
y la noche que llega, y la amargura
de la distancia!... En el camino blanco
algunos yertos árboles negrean;
en los montes lejanos
hay oro y sangre... El sol murió... ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?*

Volvemos a insistir en la romántica proyección de su estado anímico en el paisaje; un paisaje configurado por su propia tristeza: «tierra desnuda» «viento helado», «noche que llega», «amargura de la distancia», «yertos árboles que negrean», «montes lejanos», «sol que muere», todos son signos de indicio de su abatimiento en ese amargo caminar por la vida hacia su propio ocaso; y ese aullido del alma, «como loba famélica», nos estremece al sugerirnos un dolor constante y profundo en la amarga espera de la distancia:

*Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.*

En ese peregrinar por el camino de la vida, Machado -como hemos dicho- proyecta su «yo» anímico sobre el paisaje, recreándolo y recreándose, soñándolo, al propio tiempo que expresa el vacío de su corazón en uno de los «cantares magos» de su tierra andaluza:

*Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡La colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿A dónde el camino irá?*

*Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
La tarde cayendo está
«En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día;
ya no siento el corazón».
Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suenan el viento
en los álamos del río.*

*La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea
se enturbia y desaparece.
Mi cantar vuelve a plañir:
«Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada.*

Fijémonos en que el poeta no va viendo sino «soñando» caminos, y que el paisaje soñado es producto de su propio sueño e imagen de sus propios pensamientos, obsesionado con el sufrimiento.

Al oír la copla, ese «paisaje-Machado» queda mudo y sombrío meditando su soledad; pero el meditar no aclara el porqué de su sufrimiento (quizá amoroso):

*La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.*

El cantar vuelve a plañir:

*«Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada.*

Dice el crítico Sánchez Barbudo que en «Soledades» Machado recurre frecuentemente a sus sueños, a esas quimeras que debieron absorberle en su primera juventud. En las últimas poesías que escribió para ese libro (allá por 1.907) indica, a veces, que él no se sentía entonces muy contento ni orgulloso de haber soñado tanto, en vez de haber vivido. En cambio, en las primeras, hay ocasiones en que parece no sólo estimar los sueños como un gran consuelo en medio de su vida triste, sino incluso considerar éstos como un buen sustitutivo de la vida, porque, muy calderoniano, ¡Quién sabe si la vida es sueño!.

*Era un niño que soñaba
un caballo de cartón.
Abrió los ojos el niño
y el caballito no vio.
Con un caballito blanco
el niño volvió a soñar;
y por la crin lo cogía...
¡ Ahora no te escaparás !
Apenas lo hubo cogido,
el niño se despertó.
Tenía el puño cerrado.
¡ El caballito voló !
Quedose el niño muy serio
pensando que no es verdad
un caballito soñado.
Y ya no volvió a soñar.

Pero el niño se hizo mozo
y el mozo tuvo un amor,
y a su amada le decía:
¿ Tú eres de verdad o no?

Cuando el mozo se hizo viejo
pensaba: Todo es soñar,
el caballito soñado
y el caballo de verdad.

Y cuando vino la muerte,
el viejo a su corazón
preguntaba: ¿ Tu eres sueño?
¡ Quién sabe si despertó !*

Este poema, por cierto, con ausencia total de lirismo, fue escrito en 1915 y no pertenece, por tanto, a «Soledades» sino a una colección de parábolas. Era la etapa de «Campos de Castilla» y Machado ya declinaba en su inspiración poética. En él, (y en otros) se perciben ecos de la filosofía casera de Campoamor.

Sentimos decir que el mejor Machado, el poeta inspirado, el de renombre universal, se acaba, según nuestro criterio, más o menos en la primera docena de años de nuestro siglo; concretamente con «Soledades», publicado en 1912; incluso no todo lo de este segundo libro es bueno para nuestro gusto. Siempre sentimos rubor confesarlo hasta que leímos unas líneas de Luis Cernuda que afirman textualmente que -los mejores poemas de Machado fueron tempranos, es decir, que entre los reunidos en

«Soledades» está lo mejor del poeta-. Y continúa: -Cosa curiosa: Machado nace formado enteramente, y el paso del tiempo nada le añadirá, antes le quitará-.

Volviendo al tema, al recurso de los sueños tan querido por Machado, diremos -con Ramón de Zubiría- que el sueño de Machado supone un soñar despierto. El mismo poeta pone en boca de su personaje Mairena las siguientes consideraciones:

«Lo del poeta debe ser un soñar despierto, un vivir en actitud de visión vigilante para poder así captar el mundo, las cosas, en su estado de continua transformación, en su constate devenir algo distinto de lo que se es».

El sueño es para el poeta la única forma posible de conocimiento cuando nos dice: «Somos víctimas de un doble espejismo. Si miramos afuera y procuramos penetrar en las cosas, nuestro mundo externo pierde en solidez y acaba por disipárenos cuando llegamos a creer que no existe por sí, sino por nosotros. Pero si, convencidos de la íntima realidad, miramos adentro, entonces todo nos parece venir de fuera, y en nuestro mundo interior, somos nosotros mismos lo que se desvanece. ¿Qué hacer entonces? Tejer el hilo que nos dan, soñar nuestro sueño, vivir».

Hemos traído aquí esta larga cita del poeta no para demostrar lo cierto o equivocado de una teoría filosófica sino para sugerir que desde el ángulo de la poesía, la actitud y el recurso tienen un evidente valor poético.

Y ya que Machado -también romántico en esto- es un poeta soñador (al menos en sus «Soledades») que sueña caminos y paisajes como proyección de su estado anímico, él, que no es precisamente un poeta religioso, también sueña a Dios:

*Anoche cuando dormía
soñé, ¡ bendita ilusión !
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.*

*Di, ¿ Por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
de donde nunca bebí ?*

*Anoche cuando dormía
soñé, ¡ bendita ilusión !
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.*

*Anoche cuando dormía
soñé, ¡ Bendita ilusión!
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.*

*Anoche cuando dormía
soñé, ¡ bendita ilusión !
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.*

Aparte de lo ramplones que nos parecen algunos versos, la crítica ha querido ver aquí, a semejanza de nuestros poetas místicos (Sta. Teresa y San Juan de la Cruz) una especie de vías místicas hasta llegar a Dios mismo, manifestadas en los símbolos de la fontana, la colmena y el ardiente sol (que también emplea Santa Teresa).

En la 2ª estrofa el poeta, quizás sorprendido, se pregunta (pregunta al agua) por qué «acequia escondida» de su ser ha podido llegar el «agua vivificadora» en donde nunca bebió. Es decir, que el poeta, sin fe, siente la necesidad del asidero en Dios (muy unamuniano, por cierto); por eso exclama constantemente: «¡bendita ilusión!», «¡bendita por deseada; «ulusión» por ser únicamente y sólo un Dios «soñado» en esa vigilia permanente.

El símbolo de la colmena, interpreta Sánchez Barbudo, hace referencia a un constante laborar de la dulce miel de un Dios deseado y fabricado a base de viejas amarguras y sufrimientos».

Y el ardiente sol, continúa el citado crítico, puede que simbolice («calores de rojo hogar»), la personificación de ese Dios en la paz de un hogar feliz».

Pero fijémonos en la última estrofa: «soñé, ¡bendita ilusión! que era Dios lo que tenía/ dentro de mi corazón.

¿Es un Dios, una paz divina, perfectamente conseguidos? Creemos particularmente, que no. Para nosotros, es un Dios anhelado pero no conseguido; y nos basamos, para interpretarlo en la alusión directísima de la repetición del primer verso «anoche cuando dormía» a lo que no nos tiene acostumbrados el poeta en la ensoñación de su mundo poético.

No, Machado, nos está martilleando en sus «Soledades» con ese su sentimiento de vacío y soledad, tristeza y desolación, con una vaga presencia de la muerte que explica -según Ramón de Zubiría- su «desalentada visión del mundo y su horror de pensar que, con la muerte, desapareciesen todos los sueños que fueron gratos al corazón».

*¿ Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?*

*¿ Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
Los yunques y crisoles de tu alma
¿trabajan para el polvo y para el viento?*

Sí. Hay en muchos poemas de Machado un sentimiento de vacío y desolación que impregnan el paisaje que describe:

*En medio de la plaza y sobre tosca piedra,
el agua brota y brota. En el cercano huerto
eleva, tras el muro ceñido por la hiedra,
alto ciprés la mancha de su ramaje yerto.
La tarde está cayendo frente a los caserones
de la ancha plaza, en sueños. Relucen las vidrieras
con ecos mortecinos de sol. En los balcones
hay formas que parecen confusas calaveras.*

*La calma es infinita en la desierta plaza
donde pasea el alma su traza de alma en pena.
El agua brota y brota en la marmórea taza.
En todo el aire en sombra no más que el agua suena.*

A simple vista, y sin pensarlo, en el poema se nos describe objetivamente una plazoleta de cualquier olvidado rincón de España. Pero si éste fuera el único propósito del poeta, una mera descripción sin más, el poema no cumpliría su objetivo, o al menos, sería una «estampa» casi de postal.

El propósito del poeta, debemos comprender que es muy otro:

Hay un verso revelador de la intención de transmitirnos un estado de ánimo; es el verso: «donde pasea el alma su traza de alma en pena», verso que parece un añadido pero que en realidad es la clave del mensaje; un mensaje de tristeza y desolación que nos es enviado a través del vehículo pictórico de una desierta plazoleta.

Para conseguir el efecto apetecido, Machado se sirve de una serie de «signos de indicio» (como muy bien ha estudiado Carlos Bousoño), de adjetivaciones y connotaciones que llevarán al lector sensible al mismo estado de ánimo del poeta. Estos signos de indicio son (aparte del adjetivo «desierto» para «plaza»), las connotaciones siguientes: «tosca piedra», «muro ceñido con hiedra», «alto ciprés» con «ramaje yerto» «tarde en ocaso», «ecos mortecinos», «formas que parecen confusas calaveras», «calma infinita», «marmórea taza», «aire en sombra»... sólo parece tener vida el agua que brota y brota, y que en medio de ese silencio sepulcral «sólo el agua suena» para hacer más palpable el silencio.

El poema, creemos, es expresión plástica de la angustia y soledad del poeta que «pasea su alma con traza de alma en pena». Se publicó por primera vez en 1907 (cuando acababa de ganar la Cátedra de Francés del Instituto de Soria), cuando leía a Bergson, Heidegger y tal vez Husserl.

Su soledad -viene a decir Sánchez Barbudo- le lleva a las consideraciones metafísicas, a una inquietud existencial (compartida con su amigo Unamuno).

Hay un poema revelador en este punto en donde el poeta (digámoslo con palabras del crítico citado) «se asombra de esa angustia que siempre le acompaña, y, recordando, encuentra que la causa es haberse sentido él siempre, desde niño, como perdido en el mundo».

Es el siguiente, que se publica en la misma fecha que el anterior:

*Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.*

*La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
- Sí, yo era niño, y tú mi compañera.
Y no es verdad, dolor, yo te conozco;
tú eres nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.
Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta
se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena,
así voy yo, borracho melancólico,*

*guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla*

Es este, como tantos otros de las «Soledades» de Machado, un poema introspectivo, un indagar en su interior:

El poeta busca la causa de esa angustia que ni vagamente consigue comprender; aunque, de pronto, parece darse cuenta de que ya, desde niño, había sido su fiel compañera; es decir: descubre el hecho y no la causa.

Avanzando en su indagación comprende (en la 3ª estrofa) que la causa de esa angustia es una «nostalgia de la felicidad», nostalgia que se traduce «en soledad de corazón sombrío», soledad de barco sin rumbo, sin norte ni guía, que persiste «sin naufragio».

A continuación, y sobre la misma idea, sigue comparando su angustiada soledad de barco con un perro vagabundo sin olfato, con un niño perdido en el gentío de la noche en fiesta... aludiendo ya directamente a su vagar balbuciente y errante con las connotaciones de «borracho melancólico», «guitarrista lunático» y ... ¡poeta!: un pobre hombre en sueños.

¿Y cuál es la causa final? Ese anhelo de Dios, siempre buscado entre la niebla.

◇ ◇ ◇

El año en que se publica «Campos de Castilla» (1912) muere Leonor, su mujer, una chiquilla de 18 años con quien se había casado 3 años antes y con la que había alcanzado una efímera felicidad truncada de raíz cuando el poeta contaba 37 años de edad.

En la enfermedad de su mujer (hemoptisis) Machado siente la esperanza de un milagro, ese «milagro de la primavera» que se manifiesta en la rama verdecida de un carcomido olmo centenario:

*Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.*

*¡ El olmo centenario en la colina
que lame el Duero ! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.*

*No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.*

*Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.*

*Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas, de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje*

*por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.*

*Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.*

El poema está fechado exactamente en Soria, 4 de mayo de 1912, cuando Leonor estaba gravemente enferma; y un poema, lleno de delicadeza en lo formal, se agranda inconmensurablemente, como el sufrido corazón del poeta, al comprender el lector el símbolo bisémico que el poeta encierra: un hálito de esperanza, un milagro de la naturaleza, en esa rama verdecida en el corazón del olmo-Machado viejo, hendido por el rayo, en su mitad podrido, de tronco carcomido y polvoriento por donde el ejército de hormigas va trepando y en sus entrañas urden sus telas grises las arañas... Ahora se comprende esa rotunda estrofa final:

*«Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.*

¡ Vanas esperanzas! Leonor muere días después, y el abatimiento le arranca -creemos que por única vez- la profunda y desolada queja a un Dios ni soñado ni meditado, sino auténticamente sentido, perfectamente humano:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

Al año siguiente pide el traslado a Baeza pero su corazón queda en Soria, en el «alto Espino» donde reposa Leonor.

Una vez en Baeza, recién llegado, nos describe el campo andaluz con un trasfondo de tristeza, aludiendo, por primera vez, a la eterna ausencia de Leonor:

*De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena.*

*El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares,
por los alegres campos de Baeza.*

*Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas.
Guadalquivir como un alfanje roto
y disperso, reluce y espejea.*

*Lejos, los montes duermen
envueltos en la niebla;
niebla de otoño maternal; descansan
las rudas moles de su ser de piedra
en esta tibia tarde de noviembre,
tarde piadosa, cárdena y violeta.*

*El viento ha sacudido
los mustios olmos de la carretera,
levantando en rosados torbellinos
el polvo de la tierra.*

*La luna está subiendo
amoratada, jadeante y llena.*

*Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan,
buscando los dispersos caseríos
del valle y de la sierra.*

*Caminos de los campos...
¡ Ay, ya no puedo caminar con ella !*

Y como ausente en su triste soledad andaluza, vagando en sueños, sueños de un ayer cercano con la presencia de Leonor, el poeta vuelve...

*Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plumizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...*

*¿ No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos ?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.*

*Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo*

◇ ◇ ◇

*Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.
Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña al oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un albor de primavera.*

*¡ Eran tu voz y tu mano
en sueños, tan verdaderas !...*

*Vive, esperanza, ¡ quién sabe
lo que se traga la tierra !*

Seis años después pasa al Instituto de Segovia. En 1927 es elegido académico de la Española. Después (1932) obtiene una Cátedra en Madrid. En la capital le sorprende la guerra. Huye a Francia con su anciana madre. Ambos van muy enfermos. Cruzan la frontera y se instalan en un modesto hotel de Collioure, y allí -»a mis soledades voy, de mis soledades vengo»- le sorprende la muerte en su soledad extranjera, sólo, desapercibido, cuando la dama del alba guadaña al hombro volvía (1939) de su insaciable sed de sangre española.

*Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tomar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- BOUSOÑO, CARLOS: «Teoría de la expresión poética». Ed. Gredos. Biblioteca Románica Hispánica. Madrid, 1976.
- CERNUDA, LUIS: «Antonio Machado», incluido en «Estudios sobre poesía española contemporánea» págs. 349-370. Guadarrama Ed. Madrid, 1957.
- GULLÓN, RICARDO» «Las Soledades de Antonio Machado» incluido en «Direcciones del Modernismo», págs. 151-165 Ed. Gredos. Biblioteca Románica Hispánica. Madrid, 1971.
- MACHADO, ANTONIO: «Poesías completas»- Ed. Espasa-Calpe. Selecciones Austral, nº 1. Madrid, 1978.
- PÉREZ FERRERO, MIGUEL: «Vida de Antonio Machado y Manuel. Ed. EspasaCalpe, col. «Austral», nº 1135. Buenos Aires, 1953.
- SÁNCHEZ BARBUDO, ANTONIO: «Los poemas de Antonio Machado. Los temas. El sentimiento y la expresión. Ed. Lumen, Barcelona 1969.
- ZUBIRÍA, RAMÓN DE: «La poesía de Antonio Machado». Ed. Gredos. Biblioteca Románica Hispánica. Madrid, 1966. ■